

Unos 1.300 espectadores le aplaudieron largamente en el Anaitasuna

Mikel Laboa, sinfonía en rojo y blanco

J. Zapater

EN el mundo del espectáculo el silencio y una ausencia prolongada de lo que se suele denominar como el candelero de la actualidad llevan consigo inmediatamente el olvido. El público, ese colectivo heterogéneo y multiforme, cambia con una rapidez vertiginosa y las nuevas generaciones de espectadores o no conocen a los hombres de hace unos pocos años o no se sienten en absoluto motivadas por alguien que evidentemente tiene mayor edad que ellos y que en su música arrastran una serie de legados y significados concretos, que a ellos les dicen más bien poco. Tan sólo cuando se orchestra meticulosamente una campaña amparada en la nostalgia y en el consumo, suelen revivir algunas de esas figuras, pero de hacerlo su permanencia es efímera y acaban irrevocablemente impelidos al destierro.

Esto que formaría parte de las reglas del juego del negocio de la música tiene sus excepciones, pocas porque en realidad la afinidad que siente



Mikel Laboa, en Pamplona, tras varios años de retiro voluntario.

nuestra sociedad hacia las manifestaciones culturales es más bien por compromiso, grandes, porque quienes se salen a estas redes del marketing del disco, suelen ser personajes difícilmente etiquetables, ajenos a cualquier moda posible y tocados de una coherencia consigo mismos que no permite extraer imágenes estereotipadas ni símbolos de cómodo consumo. Este es el caso de Mikel Laboa que se presentó el pasado sábado a la noche en el pabellón Anaitasuna de

Pamplona tras varios años de retiro voluntario.

Alrededor de 1.300 personas se dieron cita en un recinto que ni a Mikel Laboa le gustaba demasiado ni en vista del número de espectadores hacía falta. La frialdad ambiental y lo poco adecuado del local para un concierto de naturaleza de los que habitualmente depara Mikel Laboa no le apoyaron demasiado. Pero tampoco influyó porque el escenario construido por Mikel Laboa, en función a un inteli-

gencia y dinamismo creativo de sus canciones, recorta los espacios y delimita y marca sobria pero eficazmente las intencionalidades de su música. Una música que tan sólo contó con dos protagonistas, de una parte Mikel Laboa, algo nervioso por el compromiso de esta especie de regreso, feliz al final porque comprendió que gente como él en realidad nunca se van del corazón de su público. Junto a Laboa, Iñaki Salvador, sencillamente soberbio, en su sitio y sabiendo construir los fondos precisos de teclados a la guitarra y voz de Mikel Laboa. El concierto fue concebido en dos partes. Más ecléctica y experimental la primera, donde Mikel recorrió algunas de sus querencias más conocidas, juegos fonéticos, música sujeta a diversas influencias y la fuerza expresiva de una forma de entender la música personal y hasta ahora irreplicable, pese a que ha señalado un camino importante por el que podría caminar el futuro de nuestra música. La continuación fue un recital intimista, más enraizado con la canción vasca y en donde Mikel, con su guitarra, volvió a sus baladas, algunas nuevas, otras las de siempre, tamizadas por una sensibilidad lírica que llega a emocionar. Fondo rojo y haz luminoso blanco marcando la presencia de Mikel. Petición de besos, y poco menos de dos horas, descanso incluido, para volver a oír a un hombre entrañablemente querido, a la vista de su concierto, vigente y capaz, hasta el extremo de ser un músico aparte en la historia de nuestro pueblo.